

PREFACIO

Años antes en Hollywood, California

—¿Recuerda usted al pequeño bastardo?

La pregunta sorprendió al hombre encendiendo un cigarrillo y esperó a dar la primera calada antes de mirar al muchacho. No debía de tener ni quince años. ¿De dónde salía ese chico a esas horas de la madrugada? Seguro que era otro aspirante a actor que lo buscaba para suplicar una oportunidad. Y le irritaba que lo abordaran en la calle.

—Es usted el señor Maxwell, ¿verdad? —volvió a preguntar el chico sin esperar a que él contestara.

—Sí, ¿y qué? —repuso el hombre, soltando humo en dirección a su inesperado interlocutor.

El muchacho sonreía con amabilidad y usaba un tono deferente, respetuoso. Pero mostraba unos caninos desarrollados que le conferían un aspecto inquietante; parecía un perro. El hombre pensó que esa cara, aunque original, provocaría rechazo en el espectador.

—Le he preguntado si se acuerda usted del pequeño hijoputa que hizo esas pruebas la semana pasada para el papel de Michael en su nueva película.

—Veo a muchos bastardos al día —contestó Maxwell riéndose; acababa de salir al callejón trasero del bar de

copas de Hollywood donde se divertía con un grupo de amigos. Había bebido mucho y necesitaba respirar aire fresco.

—Uno rubio, de ojos azules. —El chico continuaba mostrando sus dientes de perro—. Uno que tiene una mamá guapísima, ¿se acuerda?

Empezó a recordar.

—Sí, ésa... —Hizo un gesto con las manos para indicar unos pechos abundantes—. Sí que me acuerdo. —Su sonrisa se amplió, lasciva—. ¡Claro que me acuerdo! Y muy bien.

—Pues él es mi amigo —dijo el muchacho—. Y yo le traigo un recado.

El hombre oyó un chasquido, vio un brillo metálico y sintió dolor en la garganta.

—¡Pero qué...! —Su voz sonaba extraña, débil, y llevándose la mano al cuello vio que estaba llena de sangre. El chico tenía una navaja y se preparaba para herirle de nuevo.

Maxwell quiso parar el segundo golpe, pero iba tan fuerte que el estilete le atravesó la mano. Dolor. Los efluvios alcohólicos se disiparon de pronto y, aterrorizado, pensó que debía huir. Quiso gritar pero sólo podía emitir un sonido extraño. El bar, tenía que volver al bar con sus amigos, ¡detrás de aquella puerta estaba su salvación!

Se cubría la herida de la garganta con la mano sana y al girarse sintió que le agarraban con fuerza por el faldón de la chaqueta y notó cómo la navaja le penetraba por la espalda, primero en los riñones y la base de la columna vertebral, luego entre las costillas. ¿Cómo podía hacerle eso un niño? Se extrañó al comprobar que no lograba llegar al pomo de la puerta y que la fuerza se le estaba yendo con la sangre. El otro continuaba acuchillándolo.

Al caer Maxwell, el chico buscó, tratando de no mancharse, la billetera en la chaqueta y el encendedor de oro

en el bolsillo del pantalón. Para eso tuvo que girar el cuerpo. Y entonces, calculando dónde se encontraba el corazón, pinchó un par de veces para asegurarse.

Cuando se alejaba, después de limpiar su navaja en la chaqueta, el muchacho de la sonrisa de perro se dijo que no era tan difícil matar a un adulto.

OCASO

*Costa del Pacífico, península de Baja California,
18.00 horas*

El viejo salió de su ranchito de adobe y estuco, y olfateando el aire sintió unas vibraciones extrañas. Había algo inusual, inquietante, en aquella tarde.

Desde el enramado cubierto por buganvillas malvas podía ver el azul del océano y la línea perfecta del horizonte. Y buscándolo, sobre un fondo pálido de un cielo sin límites, flotaba el disco de oro y fuego del sol.

Anduvo despacio hasta llegar cerca de las colmenas, en el extremo de su pequeño maizal, y, cruzando las piernas, se sentó en el suelo para contemplar el eterno espectáculo del ocaso. El promontorio dominaba una playa desierta de arenas blancas donde las olas llegaban mansas. Faltaban pocos minutos para que el sol empezara a hundirse en el océano Pacífico y, a pesar de que el horizonte mostraba una bruma lejana que confería al astro un tono rojo oscuro, en aquel día claro su intensidad aún hería los ojos.

El rostro cobrizo de Anselmo estaba surcado por mil arrugas, y su piel, curtida por las muchas horas trabajadas bajo aquel sol. Sus ojos almendrados tensaron los párpados de forma que sólo un poco de aquella luz, aún intensa

y peligrosa, penetrara en sus retinas y así poder ver el astro. Sólo cuando estaba moribundo o adormilado se podía mirar al dios Mitapá a la cara.

El rumor de las olas y el graznido de las gaviotas que buscaban comida rompían el silencio. Pero el viejo oía el ronroneo de la tierra, la música del cielo, el canto de despedida del sol y el coro de los animales que poblaban el océano.

Y como todos los días el hombre se unió a la canción que lo rodeaba y moviéndose de atrás hacia adelante empezó a tararear suavemente aquel canto antiguo, sin palabras. Porque aquellas palabras eran, de tan sagradas, impronunciables y el viejo sólo dejaba brotar de sus labios un murmullo tenue.

Al cabo de un tiempo detuvo su canto y su moción, y atrapando unos rayos de sol dentro de los ojos cerró los párpados para que la luz no pudiera salir. Y su interior se iluminó. Lentamente las imágenes se encarnaban, primero amorfas, viscosas, luego definidas y contundentes.

Él dominaba el rito sagrado y sabía cómo dirigir sus visiones pero la sensación inquietante de antes volvió y supo que lo que hoy iba a ver escaparía de su control.

Vio la monstruosa ciudad gigante que se extendía ciento cincuenta millas al noroeste, creciendo sin parar, engullendo campos, valles y montes. La conocía bien. Sin haberla pisado jamás, la conocía muy bien. Porque en su mente la visitaba con frecuencia desde hacía muchos años; cuando aquella urbe era joven y pequeña.

Y vio el gigantesco edificio de acero y cristal que se erguía, altísimo, creído de su poder, insultando al cielo.

Desde su punto más alto una ave poderosa vigilaba, pico hambriento, al pobre sur con ojos de codicia. Su mirada se cruzó con la del viejo, y al sentirse éste descubierto un escalofrío recorrió su cuerpo. El águila, símbolo de imperio, ladeó la cabeza sin dejar de mirarlo y abriendo sus inmensos brazos se lanzó al vacío.

Extendió las plumas a su máxima longitud mientras tanteaba el viento. Luego, batiendo alas hizo que su cuerpo se elevara sobre el cielo de la ciudad hasta encontrar una corriente propicia e, inexorable como una maldición, emprendió su viaje al sur.

Entró en el cielo del mar sobre Long Beach, voló paralela a la costa para penetrar de nuevo en el cielo de la tierra por Laguna y cruzó por encima de la antigua misión de San Juan Capistrano. Las golondrinas de San Juan vieron con terror la silueta recortarse al sol y buscaron refugio en los viejos muros. Pero el águila no se detuvo por ellas. En unos minutos sobrevolaba San Luis Rey, después la bahía de Misión y al fin la de San Diego.

El viejo veía ahora con claridad el pico curvado en la blanca cabeza del ave, y el brillo despiadado de sus ojos amarillos. Lo miraba a él.

El águila del norte, sin detenerse, cruzaba ya la frontera con México y llegando a una ciudad empezó a trazar círculos sobre unas calles desiertas, pero llenas de gente, y castigadas en plena noche por luz de mediodía.

Un ratón huía, presa de pánico. Y el ave, alas de poder, se lanzó sobre el animalillo que, infeliz, había creído que la multitud lo ocultaba. Pero ahora, en medio del gentío, estaba solo. El ratón corría con sus fuerzas al límite. Y el águila, pico hambriento, se lanzó hacia él con sus afiladas garras por delante. Y entonces, al asestar el pájaro el picotazo definitivo, fue cuando el pico se convirtió en fauces de perro. Y de las fauces surgió la cara de un hombre, un hombre de sonrisa canina.

Cuando el viejo abrió los párpados, aquella visión de futuro se había desvanecido. Su cuerpo estaba cubierto por un sudor frío, de angustia. La brisa llegaba desde el mar y el sol ya no daba calor.

Sabía que el ratón de su ensueño era él, y notaba su miedo. El dios Mitapá, sumergido más de la mitad en el

océano, parecía una enorme moneda de oro rojizo penetrando una inmensa hucha azul. El mar llevaba reflejos dorados hasta la orilla, donde las luces de sol y cielo quedaban prisioneras en el agua atrapada en la arena.

Pero había algo en aquello mucho más terrible que la amenaza física. Eran los ojos del águila. Él había reconocido su brillo.

«Lucía, mi querida nieta —murmuró—. La que esos malditos me robaron. ¿Pondrás mi vida en peligro? —La angustia le retorció las entrañas—. ¿Te volverás contra mí?»

Sin nubes y sin reflejos del sol, ya oculto, la noche crecía veloz. El viejo, escuchando de nuevo la voz de la tierra, el mar y el cielo empezó a tararear de nuevo mientras se mecía atrás y adelante al ritmo de su cantinela. Pero ahora ya no recitaba en su mente las palabras prohibidas. Sólo rezaba. Por su nieta. Por sí mismo. Por su vida y por la de ella. Rezaba al Dios Jesucristo para que lo salvara a él del peligro que vendría del norte y a ella de ser aquel peligro.

Y un ocaso preñado de presagios fue apagando las últimas luces del día.

Área de Los Ángeles, California, EE. UU.

Jeff se inclinó sobre la mesa retocando la viñeta que tenía en su tablero de diseño. La luz del día entraba por su izquierda desde el ventanal que daba a la calle. Se distanció del dibujo para apreciar mejor el conjunto, y al cabo de unos instantes meneaba la cabeza, disgustado.

No era el dibujo lo que le molestaba, sino aquel pensamiento que, insistente, volvía una y otra vez como mosca de verano. «¿Qué es lo que Muriel me oculta?»

Miró a su alrededor. En la amplia sala había otros tableros de dibujo con taburetes altos, sillas y mesas ordinarias de oficina llenas de bandejas repletas de documentos, teléfonos y ordenadores. Mamparas de metro y medio

establecían límites entre los puestos de trabajo y permitían una precaria intimidación a cada uno de los habitantes de aquel lugar, donde habitaban algunos de los grandes talentos creativos de Reynolds & Carlton, una de las mayores agencias de publicidad del país.

Carteles, fotos y la más variopinta colección de objetos colgaban de los muretes. Eran pequeños depósitos de inspiración, pequeños mundos, por los que Jeff se paseaba cuando se sentía encerrado entre cuatro paredes.

A través de la ventana podía ver más ventanas. Las del edificio de oficinas de enfrente; una jaula de acero y cristal tan monótona y uniforme como la que lo encerraba a él, allí, en el centro de la ciudad, en el llamado Downtown de Los Ángeles.

De repente sintió ese impulso. Arrugó uno de los papeles que le habían servido de boceto, formando con él una bola consistente. Se levantó apoyando los pies en la barra inferior del asiento y logró una magnífica vista de Sara que, inclinada dibujando sobre su mesa, dejaba ver parte de su espalda entre el corto jersey y un pantalón que presentaba un redondeado trasero.

Sonrió satisfecho al ver que la trayectoria de su proyectil se dirigía directamente a la cabeza de su colega y, fingiendo trabajar concentrado en su dibujo, se inclinó sobre la mesa.

—Jeff. ¡Tarado! —oyó quejarse, divertida, a su compañera y subordinada.

—¿Qué ocurre, Sara? —dijo Jeff incorporándose en su taburete y mostrando sorpresa al mirar por encima de la mampara—. ¿Terminaste los diseños que te pedí? ¡Bravo! Eso es rapidez.

Sara se lo quedó mirando con una amplia sonrisa. Jeff era un muchacho de unos veintiséis años, al que se le adivinaba un torso corpulento bajo su jersey de cuello alto. Rubio claro y con profundos ojos azules, sabía usarlos con gran eficacia cuando ponía esa cara de inocente sorpren-

dido. Lucía pelo corto con un pequeño tupé y perilla a juego. Un aspecto muy apropiado para un prometedor creativo que cuidaba una imagen diferenciada pero que sin embargo no era insensible a la moda.

—¡Cómo quieres que lo haya terminado ya! —empezó a protestar Sara al cabo de unos instantes de contemplarlo—. ¡Me diste trabajo para dos días! ¡Eres un negrero! Y encima me has agredido físicamente hace un momento.

—Yo no he sido —contestó Jeff mostrándole las dos manos para que ella viera que las tenía limpias—. Quizá te hayan golpeado los remordimientos, tu mala conciencia, por no haber terminado aún mi encargo.

—¡Serás cabrón! —exclamó ella fingiendo enojo—. ¡Me tienes aquí encerrada once y doce horas al día y ni siquiera me das las putas gracias!

—No te preocupes, seré un buen jefe; me las ingeniaré para compensarte. Pero primero tienes que terminar el trabajo; lo necesito mañana al mediodía.

—Jeff, ¿estás loco? —repuso Sara, esta vez con aspecto de auténtico enfado.

—Por favor, lo necesito —dijo él con sonrisa humilde—. Me juego el empleo. ¿No me dejarás solo y abandonado ahora? Tú sabes lo importante que es la presentación del lunes, ¿verdad?

Sara lo miraba relajando la tensión del rostro. Y comprendió que no podía decirle que no a Jeff. Nunca podría.

—Tengo cita esta tarde con Ernest —protestó ella en tono quejumbroso—. No puedo quedarme.

—Por favor. —Los ojos azules del muchacho brillaban hermosos y suplicantes.

Ella soltó un resoplido. No podía negarse, no frente a aquella mirada. Sabía que tendría que encargarse de una pizza y quedarse hasta las doce de la noche.

—Jeff —continuó Sara—. ¿Por qué de repente tenemos que dibujar esos diseños de marca? ¿A qué viene de la noche a la mañana trabajar tantas horas de más cuando

sabíamos desde hace un par de semanas que la presentación era el lunes?

—Lo siento. Pero de pronto se le ha ocurrido a alguna de esas mentes brillantes de Planificación Estratégica que debemos incluir en la presentación opciones de un diseño más moderno para esa maldita marca de comida para perros. Hay que hacerlo. El porqué yo no lo conozco. —Jeff hizo una pausa y luego le dedicó a Sara otra de sus sonrisas—. Preséntale mis disculpas a Ernest —añadió—. Dile que esta vez no ha sido culpa mía.

Sara se lo quedó mirando, hizo un gesto de desaliento y se fue hacia su teléfono murmurando en voz baja.

Jeff se sentó frente al tablero para retocar los dibujos de perros que describían el anuncio televisivo de quince segundos de la campaña publicitaria que presentarían a la Metropól, la segunda empresa de comida para mascotas del país. Oía a Sara que, con voz más alta de lo habitual, trataba de apaciguar a su amigo al teléfono. Jeff sonreía con tristeza al pensar que no le sería tan fácil tranquilizarlo hoy como cuando canceló su cita del martes. Pero seguro que Ernest reaccionaría peor cuando Sara le dijera que posiblemente tampoco podrían salir el fin de semana. Ella aún no lo sabía.

Para Reynolds & Carlton era muy importante conseguir la cuenta de la Metropól. En la competición participaban otras tres agencias de publicidad de primera línea y la lucha iba a ser muy dura. Jeff aceptaba que surgieran cambios, mejoras, retoques de última hora previos a una presentación de esa magnitud. Pero no podía entender que de pronto le encargaran algo tan complejo como una propuesta de diseño de marca cuando el cliente no la había pedido. Era extraño, o como mínimo inusual. Jeff estaba tan sorprendido como Sara.

Muriel no había dado ninguna explicación, pero a él y a su equipo aquello les supondría muchas horas de traba-

jo extra. ¿Qué estaba pasando? ¿Qué era lo que le ocultaba Muriel?

—Buen trabajo. —La mirada de ella cruzó por encima del amplio rectángulo de cartón donde Jeff había dibujado la secuencia del anuncio televisivo—. Es un mensaje original con el que sorprenderemos al consumidor. Pero lo que es aún mejor, seducirá a los ejecutivos de la Metrópol, y eso es lo que cuenta.

—Gracias, Muriel —repuso Jeff con un toque de vanidad en la voz—. Sabes que siempre te hago buenos trabajos.

Ella no dijo nada pero sonrió. Había captado perfectamente el doble sentido de la afirmación del muchacho.

Aquella sonrisa hizo feliz a Jeff. ¡Era tan hermosa! Su cabello azabache contrastaba con unos ojos verdes seductores, que ella realzaba con un discreto maquillaje y una acertada elección de carmín en los labios.

La mesa de Muriel estaba en una amplia sala que compartía con otros ejecutivos de cuentas y su área de trabajo estaba limitada por unas mamparas semejantes a las de Jeff. Pero allí no había mesas de dibujo. «Claro —se decía Jeff—. Esta gente no sabría qué hacer frente a un tablero y un cartón en blanco.» No le caían demasiado bien, eran unos mandones sin sentido del arte y de la comunicación creativa. Pero Muriel era distinta. Era mucho más que una «ejecuta». Mucho más. No sólo por su personalidad seductora; no sólo por su inteligencia, o por su hermosura, ni por esa chispa tan especial en sus ojos y su sonrisa.

Para Jeff era mucho, mucho más. Ella era su chica. La mujer por la que él había renunciado a todas las demás. Y no cambiaría el amor de Muriel ni por la aventura en general ni por ninguna mujer en concreto. Lo retaba, lo excitaba, enloquecía con ella.

—¿Has traído las propuestas gráficas para revistas y vallas publicitarias? —preguntó Muriel manteniendo el tono profesional, sin darse por enterada más que por su leve sonrisa de la doble intención de la respuesta de Jeff.

—Sí, aquí están. Geniales, como siempre, ¿verdad?

Ella lo miró con picardía, soltando a continuación una tos falsa.

—No está mal. Se aproxima bastante a lo que discutimos, pero tendrás que modificarlo.

—¿Qué?

—Mike dejó claro que quería que los perros fueran dálmatas para capitalizar en la moda cinematográfica. Y tú no sólo has dibujado dálmatas sino también huskies y hasta chihuahuas. Cuando él lo vea mañana por la mañana, tendremos problemas.

—¡Pero Muriel! ¡Que tontería! Ni que esto fuera Disneylandia. En la vida real hay todo tipo de perros. Mike se equivoca.

—Jeff, es lo que acordamos.

—Sí, eso acordamos. Pero lo he pensado mejor.

—No es cuestión de que lo pienses mejor, Jeff —repuso ella hablando lentamente como una profesora que le repite la lección a un niño torpe—. Aquí trabajamos en equipo y bajo reglas preestablecidas. Cada uno hace la parte que le corresponde. Y a ti te correspondía pintar dálmatas.

—¡Pero Muriel! —exclamó él, irritado—. ¿No te das cuenta de que para cuando lancemos la campaña todo el mundo estará harto de ver dálmatas? Esos perros ya estuvieron de moda varias veces antes. Dálmatas en las camisetitas, dálmatas en los platos, dálmatas en las bragas y en los calzoncillos... ¡Hasta en el puto papel higiénico! Van a explotar a los dálmatas hasta que todos lloremos de aburrimiento. Simplemente lo he pensado mejor y mi propuesta creativa supera en mucho lo que hablamos.

—Puede ser que tengas razón, Jeff. —Muriel lo miraba fijamente clavando sus ojos en los de él—. Pero nosotros te pedimos dálmatas.

—¿Cómo puedes ser tan tozuda? Tú entiendes mi argumento, ¿verdad?

—Claro que te entiendo —repuso la chica utilizando un tono más conciliador y suavizando con una sonrisa sus palabras—. Pero deberías haberlo hablado antes conmigo o con Mike. Bueno, acepto que le presentes a Mike tu versión como propuesta alternativa, pero aún necesitamos la de los dálmatas. O sea que tendrás que hacerla.

Se hizo el silencio mientras Jeff miraba ceñudo a través de la ventana. Muriel lo observaba con expresión dulce pero firme. Tendría que dibujar una versión blanca con manchitas negras; aun siendo tonto y sólo por esa estupidez que Mike llamaba «disciplina de equipo». Eso lo obligaría a trabajar también la mañana del sábado.

—¿Y qué me dices del diseño de marca? —repuso él al rato—. Tanto hablar de equipo y de que cada uno debe hacer su parte y de pronto apareces tú pidiéndonos urgentemente el desarrollo de varias propuestas creativas sobre el grafismo de Friendlydog. Eso no está en el sumario que nos dio el cliente ni en lo que acordamos en las reuniones de coordinación.

—Es una sorpresa para la Metropól. Un golpe escondido en la presentación.

—¿Una sorpresa, Muriel? ¿Un golpe escondido? —Jeff sintió que la irritación crecía en su interior—. ¿Y para hacer una gracia al cliente has decidido, sin más, que mi equipo se mate trabajando día y noche? Y luego yo no puedo cambiar, aunque sea por una buena razón, un solo elemento. ¡Maldita sea, yo soy el creativo!

—El diseño de la marca será clave en la presentación.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo lo sabes? ¿Cómo sabes que el diseño de la marca es tan importante para ellos si ni siquiera lo han mencionado?

—Lo sé, simplemente.

—¿Así, sin más? Pero algún fundamento habrá, espero. Mi equipo está invirtiendo horas y horas en ese desarrollo, ¿y tu único argumento es que lo sabes? ¿Y eso es todo? —Levantaba la voz—. Me niego a continuar el dise-

ño. Voy a decirles a Sara y a James que se vayan a casa. En eso seguro que Mike me apoya. ¿No éramos un equipo? ¿Y ahora quieres que por un capricho tuyo, una inspiración, abuse de mi gente y les haga trabajar todas las noches? ¡Pero si tú estás haciendo exactamente lo que acabas de censurarme!

Muriel lo miró unos momentos en silencio con aquellos ojos dulces que lo hacían estremecerse.

—Sé que no está en el sumario —dijo ella al fin—. Sé que es trabajo adicional a lo acordado y sé que no tienes por qué hacerlo. Pero tú conoces lo importante que es esa presentación. Si obtenemos la cuenta de la Metropól, será un hito en nuestras carreras profesionales. ¡Por favor, Jeff!

—¿Pero por qué el diseño de marca precisamente? ¿Por qué no nos centramos en la estrategia de comunicación y en presentar desarrollos paralelos a dicha estrategia? No lo entiendo. ¿De dónde has sacado esa idea?

—No le des más vueltas. No podrás entenderlo racionalmente. —Muriel le acarició la mano y él sintió que su tensión se relajaba—. Es mi instinto femenino. Debe de ser eso, pero estoy convencida de que el diseño de marca será fundamental. Hazlo por mí, como un favor personal. —Ahora Muriel sonreía con un toque malicioso en sus labios—. Te lo pagaré, no te arrepentirás. Por favor.

Él fijó su vista en los labios de ella, que se acercaban, y empezó a sentir una presión en la entrepierna mientras recordaba que no habían hecho el amor desde el fin de semana por culpa de ese maldito trabajo. Jeff supo que no tenía alternativa.

—Sí, ¿pero quién le va a compensar a mi gente las horas extras? —protestó levemente.

—Cuando ganemos la cuenta estoy segura de que el presidente se sentirá generoso. Apoyaré lo que tú propongas para ellos.

Jeff se sentía vencido pero no convencido. Ella lo utilizaba. No era normal lo del diseño de marca ni aquella explicación sobre el instinto. ¿Por qué estaba Muriel tan segura? Jeff tuvo la certeza de que ella no se lo había contado todo, de que había algo más. ¿Qué le estaba ocultando?

Debía de ser la carta que estaba esperando. Aquel envoltorio llamó su atención al recoger el correo; era un sobre blanco, con sus señas impresas y sin remitente. La expresión expectante del hombre lo hacía entreabrir la boca, mostrando unos caninos afilados que parecían los de un perro. Una vez en su apartamento, se dirigió a la cocina y esparció las cartas encima de la mesa. Empujando a un lado las misivas bancarias, las que prometían facturas y publicidad, cogió un cuchillo con sus gruesas manos y, con sumo cuidado, fue abriendo el sobre.

El folio estaba prácticamente en blanco, a no ser por una sola palabra: «Acepto».

«¡Bien! —exclamó el hombretón golpeando su puño derecho contra la palma de la otra mano en señal de alegría—. Sabía que tragaría, amigo.»

Alcanzó un vaso de la alacena y, presionando con él la palanca del frigorífico, dejó que cayeran unos cubitos de hielo y se sirvió una generosa cantidad de whisky.

«Esto hay que celebrarlo —murmuró, satisfecho—. No se ganan diez mil dólares todos los días. A tu salud —dijo lanzando un brindis hacia la ventana—. Y por tu éxito.»

Una semana antes había ido a un cibercafé y, sentándose frente a un ordenador libre, escribió un mensaje que rezaba así:

Estimado cliente:

Una vez revisado al detalle el trabajo de decoración que nos encargó, lamento decirle que existen complicaciones adicionales que nos obligan a subir nuestro presupuesto en diez mil dólares. Usted conoce nuestra profesionalidad, y estamos

seguros de que sabe que nunca aumentaríamos nuestros presupuestos si no fuera absolutamente necesario.

Quedamos a la espera de su aprobación.

Atentamente,

FULLDECORATION

El hombre rebuscó en una pequeña agenda, tecleó la dirección de correo electrónico y, una vez tuvo la certeza de que era la correcta, pulsó «envío». Sabía que su cliente odiaba que él le enviara mensajes por Internet, y que el aumento le iba a indignar, pero podía permitirse presionarlo.

Y por fin, como él había previsto, a pesar de su irritación, el cliente aceptaba. Era un viejo amigo, tenía mucho dinero y siempre admitía algún incremento. El hombre tomó un trago y al sonreír satisfecho dejó ver aquella boca que recordaba a unas fauces caninas y que confería a su alegría un aspecto perruno.

—¡Maldito farsante! —murmuraba don Agustín entre dientes, mientras avanzaba a grandes zancadas hacia la taberna del puerto, cubriéndose del sol de la tarde con su boina.

Su silueta negra de sotana gastada por el tiempo, pero erguida a pesar de los años, se desplazaba enérgica a través de la calle solitaria a la busca del individuo que era el motivo de su indignación. La sotana era una prenda formal en exceso y anticuada para muchos, pero a él le gustaba. Había situaciones que la requerían, y aquella era una de ellas.

Al cruzar el umbral de la taberna se detuvo unos instantes para acostumbrar sus ojos, cegados por un sol de desierto, a la penumbra interior. Su silueta, con los brazos algo separados del cuerpo, se recortó a la luz. Como en veces anteriores, la ridícula similitud con un vaquero de

película del oeste entrando en el bar de los malos antes del tiroteo acudió a su mente.

Estaba seguro de que aquel sujeto se encontraba allí; le dejaría las cosas claras de una vez por todas.

Pronto distinguió las mesas junto a las paredes con algún parroquiano en ellas, la barra al fondo y, en el centro, moscas volando frenéticamente. Y vio en un extremo, apoyado en la barra y de espaldas, a un tipo frente a un vaso y una botella. Era él.

Agustín se dirigió al hombre, que lucía un sombrero blanco de campesino, y por todo saludo le propinó un golpe en el hombro. Era viejo, y al girarse apretó los párpados de sus ojos almendrados como para evaluar a su agresor.

—Me han dicho que lo has vuelto a hacer! —le increpó Agustín. Anselmo, impasible, lo ponderaba: no, aquél no era el águila, ojos de poder, del presagio. Todo lo más, un viejo cuervo graznando, pero aun así podía ser peligroso.

—¿Qué le dijeron? —quiso saber, en apariencia sumiso.

—Que volviste a engañar a alguien, con el cuento de que le sacabas los demonios, y que cobraste una gallina por ello.

El bar quedó en silencio y todos se acomodaron para presenciar el espectáculo. Durante más de veinte años, aquellos hombres se habían enfrentado, una y otra vez, en públicas y sonadas discusiones.

—¡Ah!, eso. No se preocupe, padrecito, eran demonios pequeñitos y no volverán a molestar.

—¿Que no volverán a molestar? ¡Farsante! ¡Te voy a denunciar a la policía!

—¿Por qué? ¿Qué mal he hecho? —preguntaba Anselmo abriendo los ojos en una expresión inocente a sabiendas de que irritaría más aún a su enemigo.

—Por intrusismo profesional.

—¿Y eso qué es?

—Pretender que haces un trabajo para el que no estás ni reconocido ni capacitado.

—¿Pero es que cree que le estoy quitando limosnas a su iglesia, padrecito? Yo no digo misas.

—¡Claro que no, faltaría más! ¡Sería un sacrilegio! Pero engañar a la gente simulando exorcismos es casi tan malo como eso.

Anselmo, tranquilo, miró al que lo increpaba. Ojos oscuros, barba cerrada, nariz recta y, a pesar de sus sesenta años, pelo abundante peinado hacia atrás donde un contraste de blanco y negro intensos no daba opción al gris.

—Yo no le quito cristianos, ni me meto en lo suyo. Déjeme en paz.

—No. Claro que no, pero los confundes y engañas.

—Pero no puede denunciarlo, padre —intervino el propietario desde detrás de la barra—. Cada uno es libre de creer lo que quiera.

—No te metas, Emilio —le advirtió Agustín—, esto no es asunto tuyo. Es entre ese farsante y yo. ¡Claro que no lo denunciaré por pagano! Lo voy a denunciar por practicar medicina ilegal; por curandero.

—¡Chin mano! —le reprochó el hombre—. ¡Pero si le salvó a usted la vida cuando pilló aquellas fiebres!

—De aquello me libré por la gracia de Dios, que no quiso mi muerte entonces.

—Pues le echará usted agua bendita a la gente, pero quien coge esas fiebres se muere si Anselmo no lo sana.

—Yo no le pedí nada y si curé fue por la bondad de Nuestro Señor.

—Sí, seguro. Pero una de sus beatas fue a buscar el remedio donde Anselmo.

—Hubiera preferido morirse a deberme un favor. ¿Verdad, padrecito? —intervino el viejo, esbozando una sonrisa—. ¿Tan orgulloso es?

—Dios me bendiga. Me haces perder la paciencia. —Agustín se santiguó tratando de serenarse. Sabía que ese

tipo lo estaba provocando. No sólo no mostraba arrepentimiento alguno, sino que se permitía acusarlo a él—. Por última vez, Anselmo, basta ya. —Trató, sin conseguirlo, de aparentar calma—. Si repites una, una sola más de tus brujerías te denuncio a la policía por ejercer medicina ilegal.

El viejo aguardó mientras de nuevo contemplaba, como queriendo penetrar en su interior, la cara de su rival, enrojecida por el calor del paseo bajo el sol y la discusión.

—Estos sofocos le sientan mal —dijo—. Un día se puede morir de eso. Ándele, le invito a tequila.

—No voy a beber contigo, pagano mentiroso —repuso el cura en mal tono.

Anselmo evaluó de nuevo a su oponente. Estaba acostumbrado a disimular la indignación que le producía que viniera a darle órdenes y la forma en que le hablaba. Y por eso respondía con la ironía aparentemente sumisa de quien se siente libre y superior enfrentándose a quien se cree superior y con autoridad. Ésa era la historia de la relación de ambos. Pero en aquella ocasión quiso devolver la agresión al altanero español.

—¿Mentiroso me llama? ¿Dice que engaño a la gente? Usted sí que los engaña.

—¿Yo, engañarlos?

—Sí, usted, padrecito. Yo los curo, los ayudo. ¿Pero qué hace usted?

Agustín lo miró asombrado mientras el viejo continuaba:

—Usted les cuenta historias que no cree, los engaña a propósito. Porque hace tiempo que se le acabó su fe. Duda de su Dios. Duda. Ya no tiene fe. Pero finge y engaña. —Anselmo sonrió enseñando una boca que mostraba la falta de algunos dientes—. Y yo lo sé, lo sé.

¿Cómo se atrevía aquel miserable a cuestionar su fe? Agustín notaba cómo crecía su indignación. «Dios mío, ayúdame», se dijo mientras sentía la tentación de romperle la botella de tequila en la cabeza.

—La ha perdido. Usted engaña a la gente —repitió el viejo con su sonrisa mellada—. Lo sé, lo sé.

Agustín miró la botella y la puerta de salida, pidiendo a Dios que le diera fuerzas para no golpear a aquel infame.

—Ya he dicho lo que vine a decirte —sentenció, amenazándolo con el dedo—. Que sea la última vez que engañas a las buenas gentes con esas historias de que tienen demonios, o te denuncio a la policía. ¡Farsante!

Y se fue hacia a la puerta para evitar la tentación. Al salir continuaba oyendo al viejo que cloqueaba en una risita.

—El cura es un farsante. Ha perdido su fe. Y yo lo sé, yo lo sé.

Agustín anduvo bajo el sol y entre el polvo hacia su iglesia. Notaba en su vieja sotana los agujeros de las balas de su enemigo. Y sentía que las heridas sangraban.

Cuando después de santiguarse varias veces con agua bendita se arrodilló a rezar en la pacífica penumbra del templo, el cloqueo de la risa del brujo y sus palabras resonaban aún en sus oídos: «Ha perdido su fe. Y yo lo sé, lo sé».

«¿Por qué deseamos tanto lo inalcanzable?» Carmen se maquillaba antes de acudir a su cita del sábado. Quiso librarse de aquel pensamiento recurrente y se dijo que debía divertirse aquella noche. Sería la única oportunidad que tendría en todo el fin de semana.

Había pasado la mañana en la oficina, junto a Muriel y Jeff, trabajando en los penúltimos cambios para la presentación del lunes. Y por si eso fuera poco, estaban citados también la tarde del domingo para un ensayo final con el fin de ultimar algunos detalles.

Suspiró retocándose el rímel de las largas pestañas que enmarcaban unos ojos de pupilas oscuras.

Al apartarse del espejo para contemplar el conjunto, sonrió satisfecha. El resultado era hermoso; Carmen se sabía una mujer con éxito entre los varones.